

Lo interno

Hace mucho que no cazo moscas, con lo bueno que era en eso. Llegué a desarrollar a la perfección la estrategia de aproximarme lentamente sobre la mosca, tan despacio que para ella mi mano debería de ser un objeto inmóvil, como una piedra que siempre hubiera tenido por encima sin darse cuenta. En ese punto, cuando estaba cerca lo suficiente, un rápido gesto de muñeca me bastaba para atraparla y sentir sus alitas haciéndome cosquillas bajo la palma. Con el tiempo perdí técnica y paciencia e intentaba cazarlas pasando sin más al latigazo de muñeca. Se me escapaban todas, claro. Estaba cometiendo un error del que entonces no me daba cuenta, así que yo me limitaba a fastidiarme y a maldecir sus extraordinarios reflejos.

El error lo entendí después gracias a un documental de esos que ponen en la tele y acabas viendo porque no hay nada mejor. El error consistía en considerar que sus reflejos eran más rápidos que yo. Pero ese no es el motivo. No del todo al menos. El secreto está en sus ojos. ¡El diseño de los ojos de las moscas es increíble! Están provistos de un sinfín de celdillas que les permiten ver más fotogramas por segundo que nosotros, de modo que si intentas cazarlas por las bravas, es decir, en una lucha por determinar quien es más rápido, ellas casi siempre ganan. Una sacudida eléctrica de la mano que nosotros apenas distinguimos con nuestros propios ojos, las moscas lo interpretan como si estuviera sucediendo a cámara lenta, dado que son capaces de distinguir más imágenes en menos tiempo. Les da tiempo a retozar, tomarse una piña colada y salir corriendo.

Me acordé de toda esta historia de las moscas al cabo de una sesión de Taiji en mi casa. Esa sesión fue única y me la guardo como un punto de inflexión en mi práctica. Ese día, por alguna razón, tenía el cuerpo completamente activado. A medida que avanzaba en la forma empecé a sentir que los movimientos más pequeños se agrandaban hasta una proporción considerable. Lo que era diminuto se dividía en dos y cada mitad, a su vez, se volvía a dividir en dos. Las mitades iban multiplicándose y deshaciéndose hasta diluirse en el siguiente movimiento, como si lo captase todo con los dos enormes ojos de una mosca. La metáfora es preciosa, ya lo sé. Para mí es perfecta. Me figuré sin ser cierto que si alguien me viese danzando a través de la forma en ese momento no distinguiría más en mí que en el movimiento imperceptible de las agujas de un reloj.

Me pareció que traspasaba un umbral e interpreté que lo interno es lo que sucede detrás de ese umbral. Que las percepciones anteriores de otras sesiones de práctica, el calor de las manos, la sensación de chocolate caliente bajándome desde la cerviz y otras cosas pertenecían a aquel lugar, pero que al experimentarlas nunca había estado allí en realidad. Más bien las había tomado prestadas para jugar con ellas desde el otro lado. Había creído que lo interno era hacer la forma despacio, lleno de informaciones diferentes y pensé que sobre esto había estado equivocado.

Nótese que al hablar de lo interno en ningún momento he usado el término energía sino, más bien, he mencionado un espacio, un lugar, un ámbito donde me imagino tendrá lugar el trabajo de la energía. Aquel día, en aquella única sesión de Taiji, sentí algo que jamás había sentido antes. No de una manera tan clara y profunda, de eso estoy seguro: agradecimiento.